



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS OBISPOS CATÓLICOS ORIENTALES DE EUROPA

Sábado, 14 de septiembre de 2019

[Multimedia]

Eminencias, Beatitudes, queridos hermanos en el episcopado:

Agradezco al cardenal Bagnasco las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre, y me complace daros la bienvenida al final de los días que os han visto reunidos como todos los años, esta vez en Roma. Vuestro encuentro, organizado bajo los auspicios de las Conferencias Episcopales de Europa, nos muestra la riqueza ritual de la Iglesia Católica en el continente, no limitada a la tradición latina. Entre vosotros veo a muchos representantes de diferentes Iglesias de tradición bizantina, muchos de ellos de la querida Ucrania, pero también de Oriente Medio, de la India y de otras regiones, que han encontrado acogida en los países europeos. Como afirma el [Concilio Vaticano II](#), «la variedad en la Iglesia no sólo no daña a su unidad, sino que más bien la explicita» (*Orientalium Ecclesiarum*, 2). La unidad de los cristianos, en efecto, no es uniformidad. La uniformidad es la destrucción de la unidad; y la verdad cristiana no es monocorde, sino “sinfónica”, si no, no vendría del Espíritu Santo.

Hace unos meses, durante [mi viaje apostólico a Rumania](#), presidí la [beatificación de siete obispos mártires de la Iglesia greco-católica rumana](#). Fue una ocasión para mostraros el agradecimiento de toda la Iglesia católica y del Sucesor de Pedro por el testimonio de fidelidad a la comunión con el Obispo de Roma, ofrecido varias veces en la historia, a veces hasta el derramamiento de sangre. Esta fidelidad es una preciosa gema de vuestro patrimonio de fe, un signo distintivo indeleble, como nos recuerda uno de los mártires rumanos cuando, frente a quienes le pedían que abjurara de su comunión católica, dijo: «mi fe es mi vida». La comunión católica forma parte de vuestra identidad particular, pero no le quita nada, sino que contribuye a su plena realización, por ejemplo, protegiéndola de la tentación de encerrarse en sí misma y de caer en particularismos nacionales o étnicos excluyentes. Y este es un peligro de este tiempo de nuestra civilización: los

particularismos que se convierten en populismos y quieren mandar y uniformar todo.

Es precisamente la intercesión de los beatos y santos mártires, que experimentan la comunión perfecta en el cielo, lo que nos impulsa a emprender un camino constante de purificación de la memoria eclesial y a aspirar a una unidad cada vez mayor con todos los creyentes en Cristo. Para que «todos sean uno» (Jn 17,21): este es el ardiente deseo que Jesús, durante su pasión, llevó en su corazón, luego desgarrado por todos en la cruz. El [Concilio Ecuménico Vaticano II](#) y el Código de los Cánones de las Iglesias Orientales nos recuerdan también que vosotros sois los custodios de una misión específica en el camino ecuménico. Y en estos días habéis reflexionado precisamente sobre el significado de vuestra misión ecuménica hoy.

Hoy, mientras demasiadas desigualdades y divisiones amenazan la paz, sintámonos llamados a ser artesanos del diálogo, promotores de la reconciliación, pacientes constructores de una civilización del encuentro, que preserva nuestro tiempo de la incivilidad del enfrentamiento. Mientras muchos son absorbidos por la espiral de la violencia, por el círculo vicioso de las reivindicaciones y acusaciones mutuas, el Señor quiere que seamos los míticos sembradores del Evangelio del amor. En la familia cristiana, sed los que, mirando al «Dios de todo consuelo» (2 Co 1,3), se comprometen a curar las heridas del pasado, a superar los prejuicios y las divisiones, a dar esperanza a todos caminando codo con codo con hermanos y hermanas no católicos. Con ellos tuve la gracia de compartir varios momentos intensos: pienso en la [oración por la paz en Tierra Santa](#), en los Jardines Vaticanos, en el [encuentro con los refugiados en la isla de Lesbos](#), en el [diálogo por la paz en Oriente Medio en Bari](#), precedido por la oración común en el signo de San Nicolás y de la Santa Madre de Dios “que muestra el camino”. Siento que el camino que se nos indica desde arriba está hecho de oración, humildad y caridad, no de reivindicaciones locales, ni siquiera tradicionalistas, no. El camino es oración, humildad y caridad. Caminando juntos, haciendo algo juntos por los demás y por nuestra casa común, redescubrimos, en el corazón de nuestra catolicidad, el antiguo significado atribuido a la Sede romana, llamada a «presidir a la caridad de toda la Iglesia» (S. Ignacio Ant., *Carta a los Romanos*, prólogo). Y al obispo de Roma como al *servus servorum Dei*.

Vivir plenamente vuestras tradiciones eclesiales os lleva a recurrir a las mismas fuentes de espiritualidad, liturgia y teología que las Iglesias ortodoxas. ¡Es hermoso ser testigos juntos de tan grandes riquezas! También en el campo académico es posible promover programas comunes de estudio e intercambio cultural, involucrando especialmente a sacerdotes jóvenes para que puedan formarse con una mente abierta. Sobre todo y en todo, ayudémonos a vivir la caridad hacia todos. No conoce ni territorios canónicos ni jurisdicciones. Me duele cuando veo, también en los católicos, una lucha por las jurisdicciones. Por favor... La caridad, como nos recuerda el apóstol Pablo, que dio su vida en esta ciudad, siempre tiene la primacía y no terminará nunca (cf. 1 Cor 13). Cuando nos inclinamos juntos sobre nuestro hermano que sufre, cuando nos acercamos a los que sufren la soledad y la pobreza, cuando ponemos en el centro a los marginados, como los niños que no ven la luz, los jóvenes sin esperanza, las familias tentadas a desintegrarse, los

enfermos o los ancianos descartados, ya caminamos juntos en la caridad que sana las divisiones. Como nos recuerda el apóstol Pablo, que dio su vida en esta ciudad, siempre tiene el primado y nunca terminará (cf. *1 Cor* 13). Cuando nos inclinamos juntos sobre nuestro hermano que sufre, cuando nos acercamos a los que sufren la soledad y la pobreza, cuando ponemos en el centro a los marginados, como los niños que no ven la luz, los jóvenes sin esperanza, las familias tentadas a desintegrarse, los enfermos o los ancianos descartados, ya caminamos juntos en la caridad que sana las divisiones.

Entonces nos preparamos para vivir juntos en el único Cielo al que somos llamados. Allí el Señor no nos pedirá cuentas de cuáles y cuántos territorios han permanecido bajo nuestra jurisdicción, ni de cómo hemos contribuido al desarrollo de nuestras identidades nacionales. Nos preguntará cuánto hemos sido capaces de amar a nuestro prójimo, a cada prójimo, y de proclamar el Evangelio de la salvación a los que hemos encontrado en los caminos de la vida. Pidamos la gracia de desearlo. Porque sólo amando se encuentra la alegría y se difunde la esperanza. Amando es cómo esas realidades secundarias a las que todavía estamos apegados –también al dinero, que es un veneno: el demonio, entra por los bolsillos, ¡no lo olvidéis!– pasan a un segundo plano, y las únicas que quedan para siempre pasan al primer plano: Dios y nuestro prójimo. Ánimo, queridos hermanos, ¡avanzad en el espíritu de comunión! Os aseguro mi recuerdo constante, estáis en mi corazón. Y os pido, por favor, que recéis por mí porque lo necesito ¡Gracias!

Boletín de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 14 de septiembre de 2019.